

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 9 DE JULIO DE 1933

NÚMERO 28

PASEO POR EL BETIS

Allegretto



Ya del Be-tis por la orilla, mi barquilla libre va, y las au-ras

mf



dul-ce-mente en mi fren-te so-plan ya bo-ga bo-ga buen re-me-ro



que el lucero va a salir, y a Oc-cidente Le-do su-be en su nu-be de Za-fir



De la tarde que ya expira,
se retira lento el sol;
y a medida que se aleja
huellas deja de arrebol.
A ocultarse va sereno
en el seno de la mar,
y del cielo cae en tanto
leve llanto sin cesar.

Busca el nido do se mece
y adormece luego al fin,
en las ramas del granado
el pintado colorín.

Y allá lejos, en la orilla,
ve a Sevilla reposar,
de cien torres coronada
perfumada de azahar.

Sorprendente panorama
do derrama su fulgor,
de la noche mensajero
el lucero brillador.
¡Oh! No esperes a que muera
su postrera claridad.
¡Boga, boga buen remero,
más ligero, por piedad!

DAVID EN LA CORTE DE SAUL

La noticia de la gran victoria obtenida sobre los filisteos gracias al valor de David recorrió rápidamente el país, y cuando las tropas victoriosas regresaron a la capital, por cada ciudad que pasaban eran aclamadas por las multitudes. Según la costumbre de entonces, las mujeres salieron a la calle y danzaban al son de tamboriles y sonajas, cantando una copla inventada al efecto, que decía:

“Saúl hirió sus miles,
y David sus diez miles.”

Con este refrán querían hacer resaltar que era David a quien se debía, sobre todo, la gloriosa victoria.

Al oír esto Saúl, se enojó en gran manera y pensó: “Si las cosas siguen así, llegará el día en que David me echará del trono, porque salta a la vista que el pueblo le quiere más que a mí”. A David no le venían tales pensamientos, porque sabía que su victoria la debía solamente a Dios. El, después de llegar a la capital, permaneció con Saúl y le obedeció en todo lo que le mandaba.

Llevando a cabo numerosas empresas con

feliz éxito, cada día se pudo observar con más claridad que Dios estaba con él, y que por su prudencia y valentía se granjeara las simpatías y el cariño del pueblo en un grado siempre mayor.

Saúl, desechado por Dios y viendo que Dios favorecía visiblemente a David, le temió cada día más, y poco a poco se apoderó de él un espíritu malo de odio, recelo y envidia. Los cortesanos, aunque veían el rostro mohino de su rey, ignoraban el verdadero motivo de su estado de ánimo, y creían que tal vez la música lograría disipar las nubes de su melancolía. Enterados de que David sabía tocar el arpa, le llamaron para que recrease a Saúl. David, siempre dispuesto a agradar a su señor, acudió y tañía y cantaba ante el rey. Pero de repente, en un arrebato de furor, Saúl empuñó una lanza, que estaba a su lado, y la arrojó sobre David. Este, gracias a su habilidad, supo inclinarse hacia un lado y la lanza quedó clavada en la pared. David, sabiendo que su vida estaba en manos de Dios y compadeciéndose del pobre rey, que en su locura no sabía lo que hacía, siguió tañiendo, y Saúl, avergonzado por el noble

cariño y la humildad de David, desistió por esta vez de su propósito de matarle.

Pero unos días después, acaso por tener nuevas noticias del amor y de la admiración de que era objeto David en el pueblo, se acentuó el encono del rey contra su fiel servidor.

David se había ganado tantos laureles en la lucha con los filisteos, a los que con frecuencia combatía, que Saúl no tuvo más remedio que nombrarle general de su ejército. Estos triunfos bélicos de David fueron el motivo de que en el pensamiento del rey naciese un plan cobarde y pérfido. Hizo decir a David, por medio de unos cortesanos, que él quería recompensar sus méritos, dándole una de sus hijas en matrimonio. Cuando David oyó esto, no lo quiso creer. Ciertamente, en el fondo de su corazón se alegraba sobremedera, puesto que amaba de todo corazón a la segunda hija de Saúl, Mical, y no creía equivocarse pensando que también ella le correspondía. Pero en su humildad y modestia replicó: "¿Quién soy yo, o qué grandes cosas he hecho, o qué es la familia de mi padre en Israel, para ser yerno del rey? Además, yo soy pobre, no pudiendo ofrecerle el dote acostumbrado para casarme con su hija." Pero los enviados de Saúl, instruidos por el rey para este caso, contestaron: "Es verdad lo que dices; pero Saúl te quiere tanto, que está dispuesto a renunciar al dote, con la condición que mates a cien filisteos. Los cuerpos de estos enemigos muertos el rey los considerará como dote y te casará con Mical".

La intención de Saúl en todo esto era que David muriese en la lucha con los filisteos, y que así le quitara del medio, sin cargar con una responsabilidad directa y visible ante el pueblo. Bien claramente mostraba este plan hasta dónde puede llegar el hombre si le ha abandonado el espíritu de Dios. A Saúl, antes un joven noble, honrado, franco y sincero, ya no le daba ver-

güenza de poner en juego los medios más viles, los engaños más feos, para librarse de su odiado e inocente rival.

Mas Dios hizo fracasar este plan tan ruin de Saúl. David, que en su pureza y sencillez estaba muy lejos de comprender la alevosía de Saúl, obedeció y, escogiendo unos pocos soldados valientes, salió al encuentro de sus enemigos. Dios les concedió la victoria, y al regresar, David pudo presentar al rey, no sólo cien, sino doscientos enemigos muertos.

Entonces, Saúl, viendo y considerando que el Señor era con David y que el pueblo le amaba, tanto como su hija Mical, temió más aún de David y no se atrevió a negarle su hija.

David, ya antes de ser una persona tan importante como yerno del rey, por su carácter y conducta, no sólo se había ganado la simpatía del pueblo, sino los mismos hijos del rey le querían, y entre ellos más que ninguno el hijo predilecto de Saúl, Jonatán. Este, ya después de la victoria de David sobre Goliat, había tomado gran cariño a David y David a él. Los dos hicieron una alianza para toda su vida y, siguiendo una usanza de aquellos tiempos, habían cambiado su ropa y armas en señal de su mutuo cariño y de su alianza inquebrantable. La amistad con Jonatán fué de mucho valor para David. Porque como Saúl no solía hacer nada sin consultarlo de antemano con Jonatán, éste estuvo siempre al tanto de las más secretas intenciones del rey.

Cuando Saúl, enojado con David, daba rienda suelta a su ira en presencia de Jonatán, éste tomó resueltamente la parte de su amigo, defendiéndole y recordando a su padre cuanto debía a David: "El puso su alma en su palma al luchar con el filisteo, y sin él hubieras perdido vida y reino. Y ahora, no tienes servidor más fiel y leal que David". Así hablaba con frecuencia, pero cuando observó que el odio de Saúl

era tan grande, que ni siquiera hacía caso a las palabras de su hijo, Jonatán avisó a David, para que éste se alejara de la corte, hasta que el ánimo del rey se sosegase. De esta forma logró salvar a David en muchas ocasiones, y cada día se hacían más estrechos los lazos amistosos entre él y David.

(Continuará.)

UN BUEN MUCHACHO

Albertito salió de su casa pensando en lo mucho que iba a divertirse. Ya se veía corriendo y jugando con los demás niños en el hermoso jardín lleno de flores, de una señora amiga de su mamá.

De pronto se fijó en un pobre ciegucecito que trataba de encontrar la carretera con su bastón. Sus tentativas eran inútiles, porque cada vez se alejaba más y en cambio se iba acercando a un profundo barranco.

Varios muchachos que jugaban cerca del pobre viejo, le miraban, pero en vez de socorrerlo, se reían de él y esperaban ansiosos verlo caer para recrudecer sus burlas. Albertito, lleno de indignación contra aquellos desalmados, y compadecido del infeliz anciano, corrió hacia él, y le dió la mano, para guiarle y librarle del peligro.

Cuando llegaron al camino, el niño le preguntó al viejecito si sabría irse solo al lugar hacia donde se dirigía. El ciego respondió:

—Voy a decirle la verdad, buen niño. Yo creía que podía ir solo a casa de una hija que tengo muy enferma; pero, ahora estoy completamente desorientado y no sa-

bría llegar, ni tampoco volverme. ¡Ah! Pero hoy tendré que renunciar al placer de abrazar a mi adorada hija!

—Yo me ofrezco gustoso a guiarle a usted—dijo entonces Albertito—. Dígame número de la casa; conozco bien este camino, y le dejaré en la misma puerta.

El ciegucecito feliz aceptó el ofrecimiento, colmando de caricias y bendiciones al generoso muchacho, y a la vez lamentando que aquellos niños mal educados, en vez de ayudarlo, se burlaran de él.

El camino era largo; pero Albertito halló cortísimo por la satisfacción que sentía, al pensar que estaba ayudando a alguien necesitado.

Al llegar a casa de su hija, el anciano dio las gracias a su guía:

—Hijo mío, has hecho conmigo una gran obra de caridad, y Dios estará contento de lo premiará.

Albertito se despidió y se fué a casa de la señora amiga y tuvo un día delicioso muy agradable.

De vuelta a su casa, le preguntó su padre qué tal había sido la fiesta. Y al enterarse del acto de caridad de su hijo, para con el pobre ciego, colmó a su querido hijito Albertito de caricias.

Así deben ser todos los niños, como Albertito, que siempre estaba listo para ayudar a los demás.

MARTA TORREGROSA

LECCION DE HISTORIA SAGRADA

El profesor, después de explicar la muerte de Goliat a manos de David, preguntó:

—¿De qué murió Goliat?

—De mal de piedra—contesta Gedeoncito.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid,